



**EL DÍA QUE MANUEL
ZELAYA NO VOLVIÓ**



👤 Manuel Zelaya, el depuesto presidente de Honduras, alcanzó la tierra de nadie entre Nicaragua y su país vestido como un cantante de Los Tigres del Norte. Regresó a suelo hondureño, pero sólo unos cuantos metros y por unas horas, al volante de un jeep Wrangler blanco. Inició un show mediático, aderezado con llamadas de Lula Da Silva o Cristina Kirchner, por ejemplo, a su celular. Está en Honduras, pero sigue sin llegar. O llega y se va. Vuelve pero sus seguidores apenas logran arribar a cuentagotas. Zelaya está, pero en realidad no. Y cada día se ve más la remota la posibilidad de que saque de Tegucigalpa a los golpistas. Esta es la crónica.

Por Amalia Morales / Escuela Móvil de Periodismo Portátil
Fotografías: Reuters

Frontera entre Nicaragua y Honduras. - En la tierra de nadie de Las Manos, uno de los puntos fronterizos entre Honduras y Nicaragua, algo diferente sucede esta mañana de viernes. Allí, en medio de una fila de camiones varados por un toque de queda que impuso el gobierno de facto de Honduras, Manuel Zelaya Rosales, el presidente que los hondureños eligieron hace tres años y medio, vuelve al país manejando un jeep Wrangler blanco.

Mel, como le dicen los hondureños al depuesto gobernante, va vestido como un cantante de Los Tigres del Norte. Y como una celebridad es tratado por los medios, que comienzan a seguirlo, cual si fuese un *reality show*, desde Managua, tal vez la capital donde más ha pernoctado Mel desde que lo echaron los militares hace más de un mes.

A diferencia del día que lo expulsaron, en pijama y antes de que amaneciera, este viernes 24 de julio Zelaya viste como finquero de Olancho, el departamento donde nació y donde se engorda al mejor ganado de Honduras, el segundo país más pobre de Centroamérica.

Lleva pantalón y chaqueta de cuero negro. Debajo, camisa blanca manga larga, que en el transcurso de la mañana se arremanga hasta los codos. Mel usa un mostacho negro que, cuando uno lo ve de cerca, descubre que es teñido. Lleva la cabeza cubierta por un sombrero blanco de alas volteadas que compró en un mercado de Managua, un par de días antes de su primer intento de aterrizar en Tegucigalpa.

A su lado, de copiloto en el jeep, va Nicolás Maduro, el canciller de Venezuela, que salió con él la noche anterior desde Managua, y que se abstiene de hablar con periodistas. Maduro luce imperturbable con su guayabera blanca y sus piernas largas recogidas en el estrecho jeep, en el que apenas caben un par de escoltas gorditos que no se notan detrás de ellos, más altos que el promedio latinoamericano.

Maduro, también de bigote grueso y con celular en mano todo el tiempo, permanece inseparable de Zelaya hasta el día en que estalla un nuevo escándalo en su país por los presuntos vínculos de Hugo Chávez y la guerrilla colombiana de las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia).

En el trayecto a la frontera, Zelaya se detuvo en varias gasolineras que están sobre el camino nicaragüense. Compró algo de comer, fue al baño, cargó combustible y Maduro era el que pagaba o al menos el que iba todo el tiempo anotando en papeles.

Toda suerte de conjeturas se hacen entre los más de 20 vehículos repletos de periodistas que los persiguen.

Antes de llegar a la frontera, Mel repetirá lo mismo que ha dicho en las últimas cinco de ruedas de prensa: que regresará a Honduras para reestablecer el orden que rompió Roberto Micheletti, el mandatario de facto. Sin embargo, la última vez que lo anuncia lo hace a la hora en que el pavimento es una brasa, a mitad de la carretera Panamericana, en un sitio conocido como el empalme de Yalagüina, donde se hornean las mejores rosquillas de la región.

La noche anterior, en otra rueda de prensa, Zelaya daba su discurso retórico y, como no daba pistas de la ruta que tomaría esta mañana de viernes, su jefa de prensa solicitó a los periodistas “que por favor le pregunten al presidente

para dónde va a seguir porque ni nosotros sabemos”.

Ahora, plantado por unos minutos en el empalme, Zelaya deja de responder a los periodistas para atender llamadas de otros gobernantes que siguen el *reality show* de su regreso por Telesur, el canal financiado en gran medida por el gobierno venezolano.

“Estoy aquí llegando a la frontera, presidente (Fernando) Lugo”, informa Zelaya desde el celular al gobernante paraguayo que está al otro lado de la línea. Intercambia un par de frases más con el ex sacerdote y luego continúa respondiendo al centenar de periodistas que empezaron a seguirlo desde la tarde del jueves que abandonó la embajada de su país.

Después habla con Da Silva, el gobernante de Brasil. “Presidente Lula”, saluda Zelaya alzando nuevamente el celular por encima de los micrófonos y grabadoras que apuntan a su boca como cañones de fusil. “Gracias por el apoyo”, dice y contesta a otras preguntas del brasileño.

“Sí, estamos llegando a la frontera. Sí, los militares sí están”, reporta Zelaya antes de llegar al límite entre los dos países, donde del lado hondureño hay militares y policías con la orden de capturarlo apenas asome el ala del sombrero en suelo hondureño.

Además de Lugo y Lula, dice que lo llamaron los presidentes de México y Argentina, Felipe Calderón y Cristina Kirchner, respectivamente; el secretario de la OEA, José Miguel Insulza, y el presidente de la Asamblea General de la ONU, el nicaragüense Miguel D' Escoto.

Mientras Zelaya avanzaba por territorio nica, mucha gente se asomaba a la carretera para ver pasar la caravana mediática de Zelaya, quien en suelo ajeno actuaba como si estuviera en campaña, alzaba los brazos para saludar y sonreía.

En Las Manos hay un grupo de personas esperándolo. Seguidores que lograron burlar los bultos de tierra y las barricadas que colocaron los militares en un tramo de 14 kilómetros para impedir que la muchedumbre se reuniera con su caudillo. También permanecen expectantes los funcionarios de la migración nica, las vendedoras de las tiendas *duty free*, los camioneros que no pudieron avanzar por el toque de queda y los cambistas resentidos porque se quedaron sin clientes.

Una de las más felices con la llegada de Zelaya es la cocinera de un cafetín que no se da abasto con el pedido de platos de

comida. Todos quieren ver al protagonista de esta novela golpista que empezó el 28 de junio y que puso en la picota de las noticias a un país del que no suele hablarse.



“Que venga a la frontera, quiero platicar con él”, dijo Luis Recarte, el teniente coronel que esta mañana de viernes se encuentra al mando de la tropa hondureña. A pesar de su uniforme y la boina negra con un emblema verde que parece una cresta de gallo, la voz de Recarte no tiene ese imperativo acento de los militares. Por el contrario, suena un tanto ingenua, como sus palabras.

Cuando los periodistas le preguntaron si tenía orden para capturar a Zelaya, decía que no, que esa no es la función del Ejército, haciendo de lado que fueron los uniformados los que lo arrancaron de su cama y lo despacharon en un avión con destino a San José, Costa Rica, el último domingo de junio.

Luego, los periodistas señalaron la represión contra los civiles hondureños que trataban de llegar al límite fronterizo para verse con Mel. Recarte respondía con cierto cinismo: “Quiero ver las pruebas de esa violencia, porque se dicen muchas cosas. A mí me decían que el mundo se iba a acabar en el 2000 y miren por dónde estamos”.

Otro periodista pidió que le dijera quién era el jefe del Ejército y él contestó: “Parece que tenemos dos”.

Alan Fajardo, el ministro asesor de Zelaya, y un periodista colombiano de Telesur recogen el mensaje del militar y se lo transmiten al gobernante que daba pasos lentos, atajado por decenas de seguidores.

“¡Urge Mel! ¡Urge Mel!”, gritaban sus simpatizantes.

Zelaya acaba de decir que había un par de francotiradores en las antenas. Sus correligionarios se alborotan y los lentes de las cámaras se disparan hacia las antenas en las que no se ve nada. Sin embargo, el gobernante se oculta detrás de un camión, a la orilla del tanque de combustible.

A mediados de la tarde, Zelaya acepta reunirse con Recarte. Le pide que cruce a ese pedazo de suelo neutral y desarmado. El uniformado se quita las armas pero no salta la cadena que divide a los dos países. Y Zelaya, que tiene que corresponder a las expectativas de sus seguidores, se acerca al borde. Prácticamente es llevado en peso por la turba de gente, por las cámaras, los micrófonos y las grabadoras.

El cara a cara con el jefe militar hondureño es breve. En todo caso lo escuchan mejor los televidentes que los periodistas que estamos aquí, a quienes se nos hace difícil abrirnos paso en esa pared humana que monta un permanente cerco alrededor de Mel.

El cerco envuelve también al militar, que todo el tiempo se lleva las manos al cuello y exige respeto a los micrófonos y lentes que golpean sus hombros. A los minutos, Recarte se aleja hacia el lado hondureño. Es que Mel le ha pedido que lo contacte con el general Romeo Vásquez Velásquez, un antiguo colaborador suyo al que había destituido pocas horas antes del golpe, pero que al final fue restituido por el Congreso.

La llamada de Vásquez Velásquez a Mel nunca llega. El



alto mando dirá al final de la tarde que el ejército tenía órdenes de no disparar contra civiles. Curiosamente, al sábado siguiente aparece el cadáver de un muchacho, supuesto seguidor de Zelaya, en el sector de El Paraíso, el poblado hondureño más cercano a la frontera.

Zelaya permaneció en la frontera un tiempo más. Sus simpatizantes comenzaron a bailotearlo como si fuera el santo patrono de un pueblo. De un lado para otro, pero del lado neutral. “Ese Mel no quiere entrar. Le faltan un par de huevos nicas”, comentó el empleado de una tienda que empezaba a aburrirse del circo montado por Zelaya, cuyo momento cumbre llegó cuando el derrocado presidente puso los pies del lado de su tierra y dio unos pasos hasta el letrero de “Bienvenidos a Honduras”. El instante fue televisado y fotografiado hasta la saciedad.

Sus funcionarios afirmaban que cerca de 100 mil simpatizantes estaban siendo



La exageración ha sido una constante a raíz del golpe de Estado: cuando Zelaya quiso aterrizar en Toncontín, los hondureños dijeron que había medio millón de personas esperándolo en las calles, pero desde una tribuna de 20 metros se miraba el principio y el fin de esa concentración

impedidos de llegar a Las Manos. Pero ni el sábado que Zelaya nuevamente fue a Las Manos, ni el domingo, llegaron a ser más de mil sus seguidores. La exageración ha sido una constante a raíz del golpe de Estado: cuando Zelaya quiso aterrizar en Toncontín, los hondureños dijeron que había medio millón de personas esperándolo en las calles, pero desde una tribuna de 20 metros se miraba el principio y el fin de esa concentración. “Cuando mucho allí habían 25 mil”, comentó un periodista salvadoreño.



Magdaleno López, un campesino de Colón, municipio a varias horas de la frontera, llega a Las Manos el sábado al caer la tarde después de seis horas de caminata. Ese día no ve a su gobernante. Ya se había ido para Dipilto, un pueblo nicaragüense que está rodeado de un bosque de pinos, y luego regresó a Ocotal, la ciudad donde ha dormido con toda su comitiva, que ocupa 39 habitaciones del hotel Frontera, el más importante de esa zona cafetalera.

Con López arriban 10 vecinos más. Todos mantienen la determinación de quedarse allí hasta que Zelaya retome el poder en Honduras. Una posibilidad que parece cada día más remota. La comunidad internacional aún no impone fuertes sanciones a los golpistas, y éstos tienen de su lado a la Iglesia católica, el ejército, los empresarios y los principales medios de comunicación.

Tal vez por eso el derrocado presidente hondureño no parece el más urgido en regresar. Podría aprovechar cualquier tramo de los 700 kilómetros de frontera con Nicaragua.

El sábado de nueva cuenta está en Las Manos. Y más tarda en llegar que en permanecer ahí. En la casi media hora que dura su presencia, anuncia, con megáfono en mano, que acampará allí para esperar a su gente. Guarda el megáfono en el jeep blanco y con menos gente detrás regresa a Dipilto.

Por la tarde regresa a Las Manos, a donde siguen llegando pobladores como Magdaleno López. Otra vez duerme en Ocotal y allí se ha quedado en los últimos días a pesar de las críticas. Ocotal es la ciudad más importante de Las Segovias, las montañas en las que peleó Augusto César Sandino, el héroe nicaragüense que enfrentó al ejército gringo con 29 hombres, pero Zelaya no se ve dispuesto a jugársela sin un pueblo detrás, que nunca llega, y sin cámaras y micrófonos, que lo van abandonando a cuentagotas. ¶